

Homilía de Natividad de San Juan
Bautista

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Yo pongo mis palabras en tu
boca”

Introducción

La fiesta de San Juan Bautista en el solsticio de verano, pues “Él debe crecer y yo debo disminuir” (Jn 3, 30), es una buena ocasión para valorar la palabra de Dios. Vivimos en un mundo lleno de palabras, que pueden ayudarnos a vivir en libertad o en esclavitud. La información nos inunda y con frecuencia no sabemos distinguir entre lo desechable y lo que permanece.

La inteligencia del hombre ha sido hecha para la verdad y la voluntad del hombre para la bondad, pero entre tanta mentira y tanto agravio, no es fácil conocer la verdad y la bondad, por eso muchas veces nos equivocamos y pecamos. Con todo, sigue siendo necesario discernir lo esencial, para saber de dónde venimos y a dónde vamos y qué caminos debemos recorrer para que todo acabe bien.

El nacimiento de San Juan Bautista, este año Domingo, nos invita a descansar en la verdad de la palabra de Dios, contemplando al único que nos salva. Pero para que la palabra de Dios produzca frutos de vida eterna, no efímeros de un momento, es preciso aceptarla y ponerla en práctica.



Fr. Pedro Fernández Rodríguez
Convento Santa María Maggiore (Roma)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aliaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso.» Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas», en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios. Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel -tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza-: «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de

la tierra.»

Salmo

Sal 138, 1-3. 13-14. 15 R. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente.

Señor, tú me sondeas y me conoces; me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. R. Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente, porque son admirables tus obras; conocías hasta el fondo de mi alma. R. No desconocías mis huesos, cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 13, 22-26

En aquellos días, dijo Pablo: –«Dios nombró rey a David, de quien hizo esta alabanza: "Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos." Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión; y, cuando estaba para acabar su vida, decía: "Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias." Hermanos, descendientes de Abrahán y todos los que teméis a Dios: A vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación.»

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 57-66. 80

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban. A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo: –«¡No! Se va a llamar Juan.» Le replicaron: –«Ninguno de tus parientes se llama así.» Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre.» Todos se quedaron extrañados. Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: –«¿Qué va a ser este niño?» Porque la mano del Señor estaba con él. El niño iba creciendo, y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel.

Comentario bíblico

I. Lectura (Isaías 49,1-6): Luz de las naciones

Este es el segundo canto del Siervo de Yahvé que es una de las originalidades del famoso Deutero-Isaías. Se trata de una llamada, de una elección desde el seno materno. Los nombres de Jacob y Israel que se identifican, pero que, por otra parte eran personas distintas como "epónimos" del pueblo elegido, suenan un poco a artificio literario y formal y, en todo caso, simbólico. El "siervo" es un individuo, una persona, aunque también se sugiere de alguna manera, que se está contemplando una colectividad. El "siervo" lleva el nombre, pues, de Israel para reunir a Israel (o Jacob) a una misión: ser luz de las naciones. Para ello debe reunir de nuevo al pueblo.

Todo esto, pues, es una llamada a una verdadera misión profética. Los profetas no se hacen, no estudian, no aprenden en escuela... los profetas tienen una sintonía con Dios que les llama, les impulsa, les arranca de lo normal y les encomienda una misión que va más allá de lo de siempre. El profeta rompe barreras,

atraviesa esquemas imposibles, porque desde el "seno materno" estaba tocado por el dedo de Dios para algo muy especial. No de otra manera se nos han presentado las llamadas a la misión profética del mismo Isaías, de Jeremías, de Amós, pero de la misma manera nos encomiarnos una descripción parecida en Pablo a ser apóstol de los gentiles (Gal 1, 15), cuya misión profética es patente en el cristianismo primitivo.

Como podemos percibir es una llamada a la predicación, a la palabra, esa palabra que debe ser "como una espada afilada" (así nos lo recordará también el autor de Hebreos 4,12) y una "flecha bruñida" que apunta lejos, muy lejos, porque la palabra no tiene límites, es como el viento, como el Espíritu. Y es aquí donde la pesadumbre del profeta que se siente cansado y quizás fracasado encuentra el consuelo de la misma palabra de Dios que le anima a no darse por derrotado. Ya sabemos que los verdaderos profetas no encajan con la realidad y el statu quo de aquellos que no quieren cambiar nada y piensan que Dios no cambia. Para eso es para lo que Dios elige y "llama" a los profetas, para dar una vuelta a la realidad anquilosada. Ellos son contraculturales, marginales frente a los poderosos... y presente, con sudor y lágrimas, que Dios está con ellos. Así ha sucedido siempre con los verdaderos profetas.

Y es una misión a la universalidad: "luz de las naciones". No basta con reunir a Jacob o a Israel, es decir, al pueblo elegido. El nacionalismo se queda estrecho. Los profetas de luz, los profetas de la palabra viva y verdadera tienen que ir más allá de los círculos cerrados de pueblos y clanes, de razas privilegiadas. El "siervo" misterioso del poema plantea, pues, un camino que no se agarra al espíritu nacional de una religión doméstica ¡Sería el empobrecimiento del proyecto salvador y universal de Dios! Todos los pueblos, todas las razas, todos los caminos, deben llevar al Dios vivo y verdadero. Es una "globalización" teológica sin precedentes en un sueño universal: por la justicia y por la paz, en el derecho y en la libertad, en el desarrollo sostenible de un mundo económico que, desde la crisis, apunta a una utopía que no debe cesar.

II. Lectura (Hechos de los Apóstoles 13,22-26): Han comenzado a cumplirse las promesas

Este discurso de Pablo ante los judíos en la sinagoga de Antioquia de Pisidia (en el sur de Turquía), es el primero que Lucas, el autor de los Hechos, le concede a Pablo con una intencionalidad manifiesta. Lucas entiende que la primera tarea de los "apóstoles" era transmitir el mensaje de la salvación a los judíos y después a los paganos. Es un planteamiento esquemático que no siempre se cumplía. Pero lo obvio para Lucas era así y por ello traza un discurso a los judíos de la diáspora en el sábado y ante la petición de los jefes de la sinagoga, después de la lectura de la Ley y los Profetas. El discurso es kerygmático, es decir, tiene un núcleo fundamental en el anuncio de la muerte y la resurrección de Jesús como liberación y salvación.

Y por ser un discurso ante un auditorio judío, se necesita una justificación teológica de la mesianidad de Jesús, descendiente de David; por ello se parte del texto de 2Sam 7,12. No es una cita exacta, como se hace otras veces con los textos de la Escritura, sino que se trata simplemente de una alusión. Porque es en David y su unción donde se pone el origen tradicional del mesianismo real judío en el sentido de una promesa que ha de cumplirse en el Mesías de Dios. Para los cristianos, y para Lucas concretamente, este Mesías es Jesús de Nazaret. Por lo mismo, el autor de los Hechos y de este discurso, sin duda, quiere proponer no simplemente una comparación entre David y Jesús, sino entre promesa y cumplimiento.

El texto, hoy, ha sido escogido por la mención del papel de Juan el Bautista, el último profeta del AT, aquél que todavía exhortaba a la espera de "alguien" bajo la iniciativa divina. Es verdaderamente curioso que la figura de Juan el Bautista sea usada en estos discursos, aunque se explica en razón de ese auditorio tan determinado. Juan el Bautista pertenece al tiempo de las promesas, después, ya viene el tiempo nuevo que inaugura Jesús. El profeta, a quien la tradición cristiana presenta como pariente de Jesús (las madres del Bautista y de Jesús se encuentra al principio de la obra de Lucas 1), cierra el AT para nuestro autor.

¿Por qué menciona Lucas a Juan el Bautista en este discurso? ¿Quizás contra algunos discípulos de Juan que no aceptaban la mesianidad de Jesús defendida a ultranza por los cristianos? ¡No está claro! En realidad, lo que ha hecho Lucas es sintetizar lo que ha escrito en el evangelio y se nos presenta en la frontera entre promesa y cumplimiento. Los judíos deben saber que se han cumplido las promesas en Jesús

(e incluso los discípulos del Bautista), precisamente desde el momento en que el Bautista hace morir su profecía apocalíptica por el cumplimiento salvador y liberador del anuncio del Reino por parte del profeta definitivo de Dios. Lucas mismo lo ensalza y lo ve así (Lc 16.16).

III. Evangelio (Lucas 1,57-66.80): ¡Juan es su nombre! Dios nos ofrece misericordia

La "historia" del nacimiento de Juan en Lc 1 se ha prestado mucho a la piedad o, por el contrario, es una de las cuestiones históricas más debatidas. En realidad la descripción del nacimiento de Juan se hace en paralelo con la de Jesús, pero con las diferencias pertinentes. No podemos menos de notar lo escueto que es el evangelista para narrar el "nacimiento" de Juan (Lc 1.57-58) en dos versículos, mientras que al nacimiento de Jesús le dedica veinte (Lc 2,1-20). Las consecuencias del nacimiento de Juan y la imposición de su nombre se explican como contrarréplica a la escena del anuncio de su nacimiento y a la mudez de su padre Zacarías. Zacarías debe hablar y escribir para dimensionar el nombre divino y el papel que el niño ha de tener. Lo extraño y curioso es que Lucas concede menos peso al nacimiento de Juan y mucho más al rito judío de la circuncisión y la imposición del nombre (vv. 59-66), mientras que en el caso de Jesús sucede al contrario: el nacimiento y sus consecuencias tienen un peso extraordinario y del rito judío de la circuncisión le basta con una simple evocación (Lc 2,21). Además, se subraya que la imposición del nombre corresponde al padre de la criatura, en el caso de Juan. Pero en el caso de Jesús se le encomienda a María (Lc 1,31). Estas diferencias, sin duda, marcan la teología de lo que Lucas quiere expresar: aunque son dos anuncios y nacimiento paralelos, lo de Jesús es distinto de lo de Juan el hijo de un sacerdote.

Algunos autores no están seguros de que en tiempos de Jesús la imposición del nombre se realizara en el momento de la circuncisión, va que en el AT parece que era en el momento del nacimiento (Cf Gn 21,3). En todo caso, la afirmación de Zacarías: ¡Juan es su nombre! pretendería explicar que la vida de Juan estaría en manos de Dios y no de sus padres o de su familia. Según la tradición que Lucas recoge, Zacarías era de familia sacerdotal, como sabemos, y el futuro de este niño debería ser el mismo: servir al culto y el templo; tenía derecho. Pero como se quiere poner de manifiesto en Lc 1,80, este niño no será sacerdote, sino profeta, aunque un profeta muy especial: en el desierto y llamando a un bautismo de conversión a todo Israel. ¿Qué es histórico en todo esto? No lo sabemos, porque la verdad es que el nacimiento no ocupa mucho interés; casi todo se centra en poner el nombre previo acuerdo entre Isabel y Zacarías después, con la tablilla; todo para contradecir a la gente e imponer un nombre que no sabemos que viene "del cielo", como el de Jesús, pero lo parece, según la estética de nuestro narrador.

¿Qué significar Juan? Un nombre es muy importante en la Biblia. El nombre es todo un programa, un diseño de vida... Jesús significa "Dios salva o es mi salvador" y su vida estará dedicada a la salvación. Juan (Yóhanan) viene a significar: "Dios es propicio o Dios se ha apiadado" o bien, "Dios es misericordia". Desde esta explicación y significado es cómo podemos entender el canto del Benedictus que Lucas ha puesto a continuación, donde la visita de Dios a su pueblo es la idea que exhorta a bendecir y a alabar a Dios. Este cántico de Zacarías, sin duda compuesto de Lucas, con todas las resonancias de los cantos del AT viene a mostrar que toda la historia del pueblo de las promesas no ha sido en vano y que ha llegado el momento en que Dios, de nuevo, estará con los suyos. Juan, pues, tiene esa misión en su nombre mismo: anunciar que Dios ha de llegar para visitar, liberar... es lo que hará Jesús, quien con su nombre y su vida ha de llevar a cumplimiento todo el proyecto salvador de Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

La misión principal que emerge en la persona de San Juan Bautista es ser precursor de Jesucristo. "Tú pequeño, serás llamado profeta del Altísimo" (Lc 1, 76). Su quehacer fue preparar los caminos al Señor y para ello ya en el seno materno fue llenado del Espíritu Santo y, después, se preparó en el desierto para su vocación mediante la oración y la penitencia. Encontrar a Dios implica encontrar la propia misión y

disponer el espíritu para poder llevarla a cabo.

El profeta anuncia y celebra la penitencia

Juan el Bautista preparó un pueblo bien dispuesto, no con planes bien presentados y documentos bien razonados, sino anunciando con potencia la palabra de Dios y celebrando un bautismo de penitencia. Hizo lo que se le ordenó y dijo lo que había escuchado, sin compromisos, ni miedo a posibles represalias humanas, por eso ayudó a muchos a volver al Señor. El profeta somete su vida al proyecto de Dios, sin jamás inclinarse ante los poderosos de este mundo, pues ha sido enviado a destruir el mal y a edificar el bien. Juan, sostenido por Dios y en Él refugiado, no es una caña que se deja doblar por la fuerza del viento.

Juan el Bautista no sólo pronunció con autoridad palabras de Dios, sino que también identificó a Jesús, bautizándolo e indicando quién era y cuál era su misión. “Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). La anuncio de la palabra termina siempre identificando a Jesucristo. El Tríptico de Matías de Grünewald, conservado en el museo del antiguo monasterio de las Monjas Dominicas de Colmar, representa a Cristo crucificado y a Juan el Bautista, que indica a los enfermos desahuciados que vayan a Cristo.

El profeta prepara un pueblo bien dispuesto y, después, desaparece

La misión profética de Juan el Bautista, un hombre según el corazón de Dios, continúa hoy en la Iglesia y de modo especial en los sacerdotes, que llamados a reunir el pueblo de Dios disperso, entregan la verdadera palabra de Dios y celebran fielmente los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, y cuando lo hacen con fe y devoción facilitan la acogida de la palabra en el corazón y la adoración incluso exterior. El sacerdote santo es testigo de la luz y prepara al Señor un pueblo que, conociéndose, confiesa sus pecados y hace penitencia.

Y cuando el Profeta cumple su misión desaparece: “Yo no soy el que vosotros pensáis” (Hech13, 25). “Yo no soy Cristo (...) Él debe crecer, yo, por el contrario, disminuir” (Jn 3, 28. 30), rubricando la misión con su sangre, porque el profeta es testigo de la vida eterna y sabe que Dios hará justicia. Que Dios nos conceda caminar por la senda abierta por Juan el Bautista, de manera que con la mirada fija en Jesús podamos encontrarnos con el Señor que regenera y salva y así llegar por la senda del Evangelio a la meta de la vida: la salvación de nuestras personas. Pero para salvarnos hay que nacer del agua y del espíritu y vivir en el temor del Señor que engendra el verdadero amor de Dios.



Fr. Pedro Fernández Rodríguez
Convento Santa María Maggiore (Roma)

Evangelio para niños

Natividad de San Juan Bautista - 24 de Junio de 2012



Nacimiento de Juan el Bautista

Lucas 1, 57-66.80

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo. Se enteraron los vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban. A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como su padre. La madre intervino diciendo: - ¡No! Se va a llamar Juan. Le replicaron: - Ninguno de tus parientes se llama así. Entoces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. El pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre". Todos se quedaron extrañados. Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: - ¿Qué va a ser este niño? Porque la mano de Dios estaba con él. El niño iba creciendo y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel

Explicación

Juan Bautista era pariente cercano de Jesús. Nació cuando sus padres eran mayores. Tan mayores que, Isabel y Zacarías, creían imposible tener descendencia. Sin embargo se vieron sorprendidos con el embarazo de Isabel. El nombre del niño le eligieron entre los dos, de acuerdo: Su nombre es Juan. Juan fue un hombre sencillo, sincero, y de palabra. Por todo esto tenía un grupo grande de discípulos y seguidores que le querían mucho. Cuando vio a Jesús que se acercaba a él, les dijo: Este es el Mesías. Seguidle. Yo no soy nada, comparado con él. Jesús también dijo algo hermoso de Juan, su primo: De todos los nacidos de mujer, nadie mejor que Juan.